

Cuento 2018

2do. Lugar

Obra: Claro de luna

Autor: Gloria Patricia Hernández Molina

Seudónimo: Dulcinea

Municipio: Rio Bravo, Tamaulipas

“Tamaulipas, expansión que genera progreso en fantasía de arte y cultura”

## Claro de luna

DULCINEA

Su espalda a la luz de la luna era brillante, casi fulgurosa; a pesar de lo deslucida que estaba su camisa de trabajo conservaba él las enterezas de alma y cuerpo típica de los hombres de campo. Por las noches, los maizales ululaban, como si el viento les trastocara el sueño y él merodeaba tranquilo, analizando el terreno. Padre era como una efigie, casi una figura, una silueta vaporosa que hubiera salido de entre las nubes nocturnas; por la madrugada era todavía más denso y silencioso. Desde la ventana, entre los graznidos de algunos cuervos con el rumbo perdido, le veíamos trajinar agitado y sudoroso bajo las estrellas. Tenía todo el aspecto venerable de una figura magnánima, digna de admiración y tributo, una silueta susceptible a los acantilados mayestáticos de la gloria divina, y sin embargo estaba allí, curioso y tranquilo.

En las tardes de lluvia salía de casa y se quedaba bajo el techo de paja, encendía leña y se preparaba café en una marmita de latón mientras miraba cómo los surcos iban inundándose, alcanzando un estado de paz sofocada, domeñada por el incontenible curso de una naturaleza flagrante y eviterna, y de vez en cuando daba un giro a su cara —sus ojos hundidos, de un color negro profundo—, y gritaba... Sus gritos eran como auroras.

—¡María!

Y madre salía apurada, emergente, y padre regresaba la mirada a los surcos que se llenaban poco a poco de las torrenciales lluvias. Algo le decía. Algo vociferaba, como secretos... Y madre parecía ser la única que pudiera llegar a él de esa manera, tan sutil y sumisa. Pero padre era bueno, de un alma pura y transparente. Madre regresaba de pronto con indicaciones. Javier se quedaba sentado, a la mesa, y yo me quedaba parada junto a él, en silencio, y madre hacía algo: cocinaba, limpiaba, y luego decía la voluntad de padre. Cuando Javier se fue de casa, padre no dijo nada. Sólo le miró a la distancia cómo daba pasos hacia la lejanía, pesados, hundiéndose en el barro. Luego la casa se sintió sola, sepulcral: parecía que madre iba cayendo en un pozo sin fondo, entre el silencio y el vértigo de la monotonía. Cuando Javier ya no estaba, padre se sentaba a la orilla de la cama, mirando por la ventana. Fue cuando comenzó a fumar de nuevo. El humo. Nuestro hermano se apagó de pronto, como la nada.

Pero los cuartos se quedaron llenos de discusiones, de gritos. Cuando caía la noche me parecía escuchar a Javier gritando que se quería ir. Lo escuchaba luchar contra el silencio de padre, y madre no decía nada. Callaba. Observaba todo y ganas de abrazar a Javier no le faltaban, pero padre era imponente. Creía en lo justo, en lo valioso, en la familia. De modo que padre llenaba la casa de silencio, pero luego era puro amor, puro calor, y nos contaba cosas de otros tiempos y todos le escuchamos, con interés. Javier creció un poco: la suficiente edad como para inclinarse por los impulsos de salir y ser algo... alguien, y padre no pudo simplemente dejarlo ir, así que se fue. Padre siempre dijo que elegir la vida por sobre lo espiritual era pernicioso, así que supusimos que el camino de Javier debía ser el único que no debíamos tomar, pero yo estaba segura de que él no

buscaba la maldad, algo había dicho antes me hizo saber eso, algo sobre un viaje por lugares diferentes que dijo haber visto en sueños y que todos eran reales.

—Yo lo vi —dijo una vez.

—¿A quién? —pregunté.

Javier yacía en cama, con las manos en la nuca mirando al techo, buscando respuestas o formulando preguntas. Luego volteó hacia mí. Yo remendaba una falda y él me miró con una seguridad instantánea.

—Llegaron al pueblo. Traen cosas.

—¿Qué cosas? —le pregunté.

—Cosas diferentes... Basta con preguntarles adónde piensan ir, hasta dónde piensan llegar y les diré que me iré con ellos. Yo también puedo hacer esas cosas, ¿sabes? Yo también sé ciertas cosas que padre no sabe...

Yo le decía que se estaba volviendo loco. Que padre nunca le dejaría salir así, al mundo, a lo desconocido... Además, padre ocupaba su ayuda. Pero luego recordaba las noches en que padre se levantaba de madrugada, las noches en que sostenía aquella fotomía en sus manos y se le quedaba contemplando a la luz del fuego, entre los tronidos de la leña al quemarse. La veía y luego veía hacia las parcelas, y luego se escuchaba el

ulular de nuevo... Los aleteos de los cuervos saliendo del maizal, las nubes pasando sobre la parcela, la luna lanzaba suspiros... Los suspiros que le llenaban a padre de dolores en el pecho.

Don Humberto Villagrán llegó una mañana de domingo de Ramos. Todas las mujeres llevaban reboso porque la mañana era fría, pero soleada, extrañamente iluminada por esas corrientes gélidas que llegan a uno como cuchilladas. El aire olía a sabia... Olía como a frescura, a limpio. Apolinar se fue a la estación de tren en el cacharro de Ken Weston —todavía funcionaba bien, y su aspecto no infundía el miedo que ahora infunde en los niños, ni estaba rodeado de todo ese tipo de leyendas sobre sus esporádicos intentos por echar en marcha el motor en las noches de luna menguante o cuando se le suben los gatos negros al capacete oxidado, a pesar de que Ken Weston hace mucho que se fue—, y así trajo consigo al camarógrafo. Todos lo vimos: era como una especie de aparición oscurecida por algo que nadie veía... Salió caminando de entre una lluvia de pétalos amarillos cuando nos dijo que iba a retratar el pueblo.

—¿Quién lo mandó a usted a tomarnos fotos? —le preguntó doña Josefina, la dueña de la bonetería.

—Yo me mando solo —replicó.

Les dijo a todos que se estuvieran quietos, y luego les tomó una fotografía cuando salían todos de la iglesia. Para ese entonces yo ya no sabía de mí, no sabía qué era, porque de repente me sentía como nada, como lluvia que no cae o como una carta nunca

enviada. Me sentía vacía, transparente; era yo casi un pedazo de luna. Javier estaba maravillado. Sus ojos no se separaban de aquel artefacto que a ojos de todos era una cosa de otro mundo. Luego se le acercó, y yo me fui tras él (todo era tan brillante que sentí que flotaba).

—¿Qué vas a hacer? —le dije.

—Ahora no tengo tiempo para hablar contigo.

Padre le miraba a la distancia. Madre nunca le soltó del brazo. Estaban parados a la entrada de la iglesia, y desde allá miraban todo; una caterva de palomas pasó volando sobre la cúpula y se oyeron unas incomprensibles campanadas. Yo levanté la mano para saludarles, pero nadie me vio, nadie me hizo caso y entonces divagué, dudé. Javier se sentó a un lado de don Humberto Villagrán (su esposa vestía una cuera colorida, y don Humberto parecía más mortecino, más fúnebre, pero con todo y eso no perdía una elegancia que realzaba aquella mañana. Era como si hasta el pueblo hubiera llegado un profeta).

—Nuestra tierra está cambiando —dijo casi gritando, como si quisiera que la gente se juntara a su alrededor—, y muchos no lo saben. Vengo retratando cada pueblo y cada ciudad de nuestro estado. Ahora estoy aquí, mañana en el sur, luego en el centro. Traigo fotografías que mi ayudante les mostrará a continuación. Se vale mirar, pero no se vale tocar. Pregunten precios.

Javier no se explicaba cómo los lugares quedaban guardados en aquellos pedazos de papel. Quedó cautivado al momento; se puso de rodillas, sobre la tierra seca y acercaba la cara para observar bien cada imagen, cada detalle, los contornos y las líneas de casas inimaginables, algunas coloridas, otras pálidas y que a pesar de eso conservaban una hermosura inexplicable.

—Esta maquinita es quien les captura... —dijo don Humberto Villagrán, dando unas palmaditas a la cámara.

—Es como si les pintara en un lienzo pequeño.

—Mejor todavía: es como si se arrancara un pedazo de realidad y se guardara allí por siempre.

Hubo un momento, una especie de situación esperada por el tiempo y por el curso inevitable de los días, por el flujo de vida, por algo que solo podría llegar a ese momento en el que Javier le miro a los ojos fríos, para decirle que él también pensaba en esas capturas, en esos retazos de realidad.

\*\*\*

Si pudieras ver lo que vi, lo que traigo conmigo —mi bolsillo de imágenes—, si pudieras sentir el flujo de aguas que hasta hoy fueron como llamados a la distancia, como

mensajes: una voz que se escabullía de la noche para entrar en mis sueños, mis sueños llenos de tu memoria: nubes pasando sobre cerros inmemoriales, naturaleza ancestral, cantos inmortales que van por las calles entrando en cada casa, en cada alma. A veces pienso que tú eres todo eso que me llama, todo eso que me hizo salir de casa: tú eres el resplandor de los atardeceres de las lagunas del sur de nuestra tierra, que es vasta y hermosa, eres el cobre de luz en el que los pescadores esperan.

Hay lugares que ni en sueños vimos, que ni en nuestras más recónditas emociones pudimos haber advertido. Pequeñas cosas que afectaron el rumbo de todo, incluso el tuyo, el mío. No es nada malo lo que hago; padre lo sabe, tú mejor que nadie lo sabe... No soy un mal hombre; padre nunca me crio para esto, y sin embargo lo soy: un alma libre, un alma que se entrega a la belleza singular de cada lugar de nuestra tierra, nuestra tierra que nunca vimos y que ahora sigue bajo mi lente, atrapada entre mis ojos.

Sé de un hombre que, cuando niño, caminaba horas para llegar a su escuela, que vivió la tierra y respiró la mañana impregnada al aroma del café hirviendo en una hoguera, mientras la mañana se llenaba de luz y el canto de los pájaros; lo escuché de su boca, de sus memorias, le vi entrecerrar los párpados mientras me decía —mientras se imaginaba, mientras se recordaba caminando sobre la tierra caliente, sobre las parcelas “casi muertas, casi sin vida de no ser porque las vería renacer de nuevo el otro año”— lo mucho que vale la gente de estos lugares, todo lo traigo conmigo, en fotografías, como te dije que lo haría, como lo hago.



Alguna vez supuse que lo vería todo, que lo capturaría todo, y hoy casi lo tengo. Pero hay cosas que me interesan como el aliento de los que entran en mis fotografías, como lo que miran, cosas que no termino por saber si en realidad se quedan suspendidas en el tiempo, como todo lo que está en ese papel. Y así todo viaja conmigo; quisiera llevar las sonrisas de mujeres llenas de sol, de vida, la imagen de sus rostros iluminados por soles matutinos, la estela colorida de sus vestidos me persigue siempre. Hay una luna cuya luz dejaba entrever los fantasmas que bailaban frente al Museo de la Cultura Huasteca, al son de jaranas que se reúsan a morir, a saberse muertas... Yo te buscaba entre ellos, entre la melodía, caminé entre las florituras de quienes ni se percataban de mí; tomé una y otra fotografía esperando ver algo, tus ojos, reconocerte después de tanto tiempo de no verte, hablar contigo como cuando de repente hablamos en sueños, en memorias inventadas. Pero ¿qué te diría? No sé qué tanta belleza encontraste en las parcelas de la frontera, en su silencio, en los ocasos mudos, infinitos... En los hilos de polvo que viajan levitando sobre los surcos.

¿Dónde podré encontrarte si no es en las fiestas de calavera en las tinieblas de la Hacienda la Sauteña? Entre las felices caras nimbadas por el colorido de la noche. Seguramente andas por allí, mirándolo todo, avanzando entre la ciudad y sus memorias que rebotan entre las paredes de la realidad. Pero ve más allá: un mar que parece apacible y que trae noticias inciertas, sigue adelante y siéntate sobre el islote de hierba y observa tu rostro en el agua de la poza, la luna se quedará junto a tu rostro.

\*\*\*

Yo me acerqué a padre para decirle algo, pero sólo escuchaba el rumor del viento. Cada noche salía al techo de paja, a tomar café y a perder la mirada entre las parcelas que se fueron tornando cada vez más solitarias. Cuando me acerqué, el aire fue menguando hasta que cesó por completo, y entonces los cuervos salieron volando de entre el maizal, el cielo se nubló antes nuestros ojos, rápidamente; la luna no se vio más y padre se puso de pie y regresó a casa. Yo iba tras él, pero él no me veía.

—Padre... escúcheme —le decía yo, pero su silencio estaba lleno de gritos.

Cuánto debió haber sufrido por uno. Luego la luna asomó de nuevo, y me quedé contemplando la levedad de la noche. Se escuchaban aullidos a la distancia, gruñidos de plata y uno que otro graznido de algún cuervo rezagado entre las ramas de un mezquite seco. Todo era silencioso, asombrosamente mudo pero ensordecedor. Fue hasta la mañana que supe de mí: la nada. Padre era más viejo, madre también, pero yo seguía igual: una sombra vagando entre los recuerdos de mi hermano, una rareza prendida a la belleza de nuestra tierra, una luz, una sombra, una memoria inventada.

\*\*\*

Supuse que serías tú. Lo adiviné desde que vi tu silueta desde aquí, y eso que mis ojos ya no ven como antes. Están casi grises de lo apagado que se sienten. Ven, aquí hay café y adentro está menos frío.

Tu padre no venía mucho desde que te fuiste. Sólo para esto y aquello, ya sabes como somos los viejos. Pero nunca nos habló mucho de aquel día, cuando te fuiste. La que sí que lloraba era tu madre, pero ya no la alcanzaste. El doctor dijo que aguantó mucho y que eso no era humano. A mí se me hace que desde que tu hermana murió, tus padres murieron con ella, pero no se querían dar cuenta. No lo aceptaban, vaya...

Allí donde dices que se escuchan voces de otros tiempos, es donde pasé toda mi niñez, entre las calles empedradas y los mechones para iluminar la noche. Esa imagen de la que me cuentas va más allá de lo que te han dicho; si me parece que escucho a don Alejo diciendo aquellas cosas sobre sus ocurrencias de política. Todo ese lugar es muy limpio porque la gente cree que la limpieza tiene que ver con cosas divinas, y es que cuando la casa se ensucia, el amor se ensucia y el alma termina por ensuciarse.

Ya cuando tu madre no estaba tu padre siguió fumando, nadie lo había curado como ella, nunca entendió que cuando a la muerte no le da la gana, el hombre muere por sus propios placeres. Aquello que tanto nos gusta nos termina por llevar a la tumba, hijo.

Nunca se separaron. Tu madre nunca desatendió a tu padre, a pesar de que parecían dos muertitos viviendo con terquedad, respirando sin saber por qué. ¿Pues qué no pensabas regresar? Los hubieras visto sentados frente a la parcela, mirando sabrá Dios qué tantas cosas, como si la parcela fuera muy interesante. Seguido me hacía pensar en cuán fuerte llega a ser el matrimonio que nos mantiene vivos, y si seguimos vivos es por algo... Porque al matrimonio sólo ha de separarle la vida, pero nunca la

muerte; luego todo esto de estar juntos e ir por la vida pasando tiempo de una u otra manera, se vuelve un poco monótono, ¿sabes? El reto es mantener vivo el amor, a pesar del matrimonio. Eso es lo complicado.

¿Cuánto tiempo vas a andar por aquí con esa cosa? Hay mucho que ver, déjame decirte... Parece que verdaderamente te apasiona lo que haces. Piérdete en el Cuizillos, allí podrás encontrar algo de ese origen que buscas. Acá en el norte todo lo has visto ya, estoy segura. Se ve que amas lo que haces, y es algo admirable. Pero debes aprender que para lograr algo grande, algo como lo que buscas, se sacrifica el alma por la obra, no la obra por el alma.

Pero tú eres un alma humilde, y un alma humilde es un alma completa. Lo supe desde que eras niño, sentado en la última fila viéndolo todo, preocupado por todo y a la vez sin esa mirada de miedo e incertidumbre que poseen los niños; hoy en día la mayoría de las personas piensan más con los ojos que con la mente, que eso no te pase mientras persigues lo que haces. Te agradezco que vengas a visitarme. Como te podrás dar cuenta, no mucho ha cambiado desde que te fuiste, y no me refiero al lugar, sino al lugar que es uno. Pero así es esto, los maestros preferimos pasarnos la vida sembrando árboles que cosechando sus frutos.